

ZANAHORIA

¡Oh! He de acabar por aficionarme y comerlas como tú. Sólo temo echar mal olor, y que mamá lo note si me da un beso.

—No huelen—dice el padrino echando el aliento a la cara de su ahijado.

ZANAHORIA

Es verdad. No hueles más que a tabaco. Eso sí; hueles a tabaco que apestas. Te quiero mucho, padrinito; pero más te querria, y más que a nadie, si no fumaras en pipa.

PADRINO

¡Ganso! Así se va uno conservando.

MATILDE

OYE, mamá—dice Ernestina, la hermana, a la señora de Lepic;—Zanahoria sigue jugando en la pradera con Matildita a marido y mujer. Félix, el hermano mayor, los viste. Y, si no me equivoco, eso está prohibido.

Efectivamente: en el prado, Matildita permanece inmóvil y tiesa, con su tocado de clemátide silvestre de flores blancas. Adornada como está, parece, sin duda, una novia prendida de azahares. Y tantos tiene, que serían bastantes para aliviar todos los cólicos de la vida.

La clemátide, trenzada primero como una corona sobre la cabeza, cae a oleadas por debajo de la barbilla, por la espalda, a lo largo de los brazos; voluble, ciñe el talle, y forma por el suelo una cola rampante que Félix, el hermano mayor, no se cansa de hacer más larga.

Echándose atrás, dice:

—¡No te muevas! Ahora tú, Zanahoria.

Zanahoria, a su vez, se viste de recién casado, cubierto asimismo de clemátides, entre las que aquí y acullá detonan adormideras, bayas de acebo o un diente de león amarillo, para que se le pueda distinguir de Matilde. No tiene ganas de risa, y los tres conservan su seriedad. Ya saben el tono que a cada ceremonia conviene. Se ha de estar triste en los entierros desde que empiezan hasta que acaban, y gra-

ve en las bodas hasta después de la misa. Si no, ya no resulta divertido el juego.

—Daos la mano—dice Félix, el hermano mayor.—Ea; andad despacito.

Echan a andar al paso, sin acercarse. Cuando a Matilde se le traban los pies, se recoge la cola y la sostiene con los dedos. Zanahoria, galante, la espera con un pie en el aire.

Félix, el hermano mayor, los guía por el prado. Anda hacia atrás, y con el meneo de los brazos les lleva el compás. Hace de señor alcalde, y los saluda; luego de señor cura, y los bendice; luego de amigo que los felicita y cumplimenta; luego de violinista, y rasca con un bastón otro bastón.

Los pasea de arriba abajo.

—¡Alto!—dice.—Esto se echa a perder.

Pero no hace más que dar un papirotazo a la corona de Matilde, y otra vez el cortejo está en marcha.

—¡Ay!—exclama Matilde torciendo el gesto.

Un zarcillo de clemátide le tira del pelo. Félix, el hermano mayor, lo arranca con pelo y todo. Y siguen andando.

—¡Ajajál—dice.—Ahora, ya os habéis casado. ¡A daros un beso!

Como ellos vacilan,

—¿Pero qué? ¡Vaya! ¡A besaros! Cuando uno se casa, ya puede besar. Haceos el amor, una declaración. ¡Parecéis plomos!

En su superioridad, se mofa de la torpeza de ellos, él, que acaso ha pronunciado ya palabras de amor. Para dar ejemplo, besa primero a Matilde por el trabajo que le cuesta.

Zanahoria se enardece, busca a través

de la planta trepadora el rostro de Matilde, y la besa en el carrillo.

—No lo digo por decir—asegura.—Me casaría contigo.

Como lo recibió, Matilde le devuelve su beso. En seguida, torpes, cohibidos, se ponen los dos colorados.

Félix, el hermano mayor, les hace los cuernos:

—¡Sol, sol!

Se frota dos dedos, uno contra otro, y patalea, con churretes en los labios.

—¿Serán pavos? ¿Pues no se figuran que es de veras?

—Lo primero—dice Zanahoria,—que a mí no me importa eso de sol; y luego, ¡rabia, rabia!, que no eres tú quien me ha de impedir casarme con Matilde si mamá quiere.

Pero aquí viene mamá a decir en perso-

na que no quiere. Abre la valla del prado; entra seguida de Ernestina, la que le fué con el cuento; al pasar por el seto, quiebra una vara, le quita las hojas y deja las espinas.

Llega en línea recta, inevitable como la tormenta.

—¡Cuidado con las tortas!—dice Félix, el hermano mayor.

Echa a correr al otro extremo del prado. Allí está seguro y puede ver lo que pasa.

Zanahoria no huye nunca. De ordinario, por cobarde que sea, prefiere acabar de una vez, y hoy se siente bravo.

Matilde, temblorosa, llora como una viuda, entre hipos.

ZANAHORIA

No tengas miedo ninguno. Conozco a

mamá, y no tiene más que para mí. Yo cargaré con todo.

MATILDE

¡Sí; pero tu mamá se lo dice luego a mi mamá, y mi mamá me pega.

ZANAHORIA

Me corrige; se dice «me corrige», como si se tratara de un ejercicio escrito. ¿Te corrige a ti tu mamá?

MATILDE

A veces; según y conforme.

ZANAHORIA

Pues a mí siempre me toca algo.

MATILDE

¡Pero si yo no he hecho nada!...

ZANAHORIA

No importa. ¡Cuidado!

La señora de Lepic se acerca. Ya los tiene. Tiempo no le ha de faltar. Modera el paso. Tan cerca está, que Ernestina, la hermana, por miedo a los golpes de rechazo, se queda quieta al borde del círculo en que ha de concentrarse la acción. Zanahoria se planta delante de «su mujer», que solloza más fuerte. Las clemátides silvestres enredan sus flores blancas. La vara de la señora de Lepic se levanta, a punto de cimbrar. Zanahoria, pálido, se cruza de brazos, y, arrugada la nuca, calientes ya los riñones, con anticipado escozor en las pantorrillas, tiene el orgullo de exclamar:

—¡Qué más da, si uno se divierte!

LA CAJA DE CAUDALES

AL otro día, Zanahoria se encuentra con Matilde, y ella le dice:

—Tu mamá ha ido a contárselo todo a mi mamá, y me han dado una buena azotaina. ¿Y a ti?

ZANAHORIA

Yo ya no me acuerdo. Pero tú no merecías que te pegaran, porque no hacíamos nada malo.

MATILDE

No; claro está.

ZANAHORIA

Y yo te afirmo que hablaba en serio cuando te dije que me casaría contigo.

MATILDE

También yo me casaría contigo.

ZANAHORIA

Podría despreciarte, porque tú eres pobre y yo rico; pero no tengas cuidado: te aprecio.

MATILDE

¿Cuánto tienes para ser rico, Zanahoria?

ZANAHORIA

Mis padres tienen lo menos un millón.

ZANAHORIA

MATILDE

¿Y cuánto viene a ser un millón?

ZANAHORIA

Viene a ser muchísimo: los millonarios nunca pueden gastarse todo su dinero.

MATILDE

Mis padres se quejan a menudo de que les falta.

ZANAHORIA

¡Anda! ¡También los míos! Cada cual se queja para que le compadezcan y para halagar a los envidiosos. Pero yo sé que somos ricos. El día primero de mes, papá se queda un momento solo en su cuarto. Oigo rechinar la cerradura de la caja de caudales: parece una rana cuando croa

al anochecer. Papá dice una palabra que nadie sabe cuál es, ni mamá, ni mi hermano, ni mi hermana, nadie más que él y yo, y la puerta de la caja de caudales se abre. Papá saca de ella el dinero y lo deja luego sobre la mesa de la cocina. No dice nada; no hace más que sonar las monedas para que mamá, atareada en la hornilla, lo note. Papá sale. Mamá se vuelve, y recoge de prisa el dinero. Así ocurre todos los meses, y hace ya mucho tiempo que dura: prueba de que hay más de un millón en la caja.

MATILDE

¿Y para abrirla dice una palabra? ¿Qué palabra?

ZANAHORIA

No te preocupes, que perderías el tiem-

ZANAHORIA

po. Ya te la diré cuando estemos casados, a condición de que me prometas no repetírsela a nadie.

MATILDE

Dímela ahora mismo. Te prometo ahora mismo no repetirla nunca.

ZANAHORIA

No; es un secreto de papá y mío.

MATILDE

No la sabes. Si la supieras, me la dirías.

ZANAHORIA

¡Vaya si la sé!

MATILDE

¡No la sabes, no la sabes! ¡Bien hecho, bien hecho!

—Apostemos a que la sé—dice Zanahoria gravemente.

—¿Qué apostamos?—pregunta vacilante Matilde.

—¿Me dejas que te toque donde yo quiera—dice Zanahoria,—y te digo la palabra?

Matilde mira a Zanahoria. No le entiende del todo. Entorna mucho los grises ojuelos pícaros, y ya tiene dos curiosidades en lugar de una.

—Di primero la palabra, Zanahoria.

ZANAHORIA

¿Vas a jurarme que después te dejas tocar donde yo quiera?

MATILDE

Mamá me prohíbe que jure.

ZANAHORIA

Pues no sabrás la palabra.

MATILDE

¡Buen cuidado me da la palabra! ¡La he adivinado, sí, la he adivinado!

Zanahoria, impaciente, lo echa todo a rodar:

—Oye, Matilde; no has adivinado absolutamente nada; pero me contentaré con tu palabra de honor. La palabra que papá pronuncia antes de abrir la caja de caudales es «Lustucrú». Ahora ya puedo tocarte donde quiera.

—¡Lustucrú! ¡Lustucrú!—dice Matilde retrocediendo, con el gusto de conocer un secreto, y el temor de que no le sirva para nada.—¿De veras que no te burlas de mí?

Y luego, como Zanahoria, sin contestar, se le acerca, decidido, con las manos tendidas, echa a correr. Y Zanahoria oye su risa seca.

Ha desaparecido ya, cuando siente detrás una mofa.

Se vuelve. Por el ventanillo de una cuadra, un criado de la casa de campo saca la cabeza y enseña los dientes.

— ¡Ya te he visto, Zanahoria— exclama, —y se lo contaré todo a tu madre!

ZANAHORIA

Era cosa de juego, Perico. Quería ver si cogía a la chica. Lustucrú es un nombre falso, inventado por mí. Además, el verdadero no lo sé.

PEDRO

Tranquilízate, Zanahoria: ese Lustucrú

me tiene sin cuidado, y no le hablaré de él a tu madre. Le hablaré de lo demás.

ZANAHORIA

¿De lo demás?

PEDRO

Sí, de lo demás. Te he visto, te he visto, Zanahoria. A ver si te atreves a decir que no te he visto. ¡Ah! ¡No empiezas mal, para los años que tienes! Pero esta noche te ajustarán las cuentas.

Zanahoria no halla qué replicar. Roja la cara hasta tal punto que parece apagar el color natural de sus cabellos, con las manos en los bolsillos, se aleja agazapándose, dando resoplidos.

LOS RENACUAJOS

ZANAHORIA está jugando solo en el patio, en medio, para que la señora de Lepic pueda vigilarle por la ventana, y se ejercita en jugar como es debido, cuando el camarada Remigio se presenta. Es un muchacho de su misma edad, que cojea y se empeña siempre en correr, de modo que su pierna izquierda, la del achaque, se arrastra detrás de la otra, sin cojerla nunca. Lleva una cesta, y dice:

—¿Vienes, Zanahoria? Papá lleva el cáñamo al río. Le ayudaremos, y pescaremos renacuajos con cestas.

—Pídeselo a mamá—dice Zanahoria.

ZANAHORIA

REMIGIO

¿Por qué he de ser yo?

ZANAHORIA

Porque a mí nunca ha de darme permiso.

Precisamente la señora de Lepic aparece en la ventana.

—Señora—dice Remigio,—¿quiere usted hacer el favor de dejar venir conmigo a Zanahoria a pescar renacuajos?

La señora de Lepic pega el oído al cristal. Remigio vuelve a gritar sus palabras. La señora de Lepic se entera. La ven que mueve la boca. Los dos amigos nada oyen, y se miran indecisos. Pero la señora de Lepic agita la cabeza y hace claramente señas de que no.

—No quiere—dice Zanahoria.—Me necesitará, sin duda, en seguida.

REMIGIO

¡Cómo ha de ser! Nos hubiéramos divertido de firme. ¡No quiere, no quiere!

ZANAHORIA

Quédate. Juguemos aquí.

REMIGIO

¡Ah, no! ¡De ninguna manera! Prefiero pescar renacuajos. El tiempo está bueno. Los cogeré a cestas.

ZANAHORIA

Espera un poco. Mamá se niega siempre para empezar. Pero luego, a veces, muda de consejo.

REMIGIO

Esperaré un cuartito de hora nada más.

Los dos, chasqueados, con las manos en los bolsillos, observan cazurros la escalera, y pronto Zanahoria da con el codo a Remigio:

—¿Qué te decía yo?

En efecto: la puerta se abre, y la señora de Lepic, llevando en la mano un cesto para Zanahoria, baja un escalón. Pero, desconfiada, se detiene.

—¡Hombre! ¿Aun estás ahí, Remigio? Cref que te habías marchado. Ya le diré a tu padre que te embobas, para que te riña.

REMIGIO

Señora, ha sido Zanahoria, que me ha dicho que esperara.

LA SEÑORA DE LEPIC

¡Ah! ¿Conque sí, Zanahoria?

Zanahoria ni afirma ni niega. No sabe nada. Conoce al dedillo a la señora de Lepic. Una vez más la había adivinado. Pero ya que ese imbécil de Remigio embarulla las cosas y lo echa todo a perder, a Zanahoria le tiene sin cuidado el desenlace. Aplasta la hierba con el pie y mira a otro lado.

—Sin embargo, me parece—dice la señora de Lepic—que no tengo costumbre de desdecirme.

Nada más añade.

Vuelve a subir la escalera. Se mete en casa con la cesta que había de llevarse Zanahoria para pescar renacuajos, y que al efecto había desalojado de nueces frescas.

Ya está lejos Remigio.

La señora de Lepic no suele gastar bromas, y los niños ajenos se acercan prudentemente a ella y la temen casi tanto como al maestro de escuela.

Remigio echa a correr hacia allá, hacia el río. Tan de prisa galopa, que su pie izquierdo, siempre retrasado, va dejando una raya en el polvo de la carretera; danza y suena como una cacerola.

Día perdido. Zanahoria no intenta ya distraerse.

Le ha fallado una buena partida.

El sentimiento está en camino.

Lo espera.

Solitario, sin defensa, deja venir al aburrimento, y que el castigo se aplique por sí solo.

MUTACIÓN

ESCENA PRIMERA

LA SEÑORA DE LEPIC

¿Adónde vas?

ZANAHORIA

(Se ha puesto la corbata nueva y ha echado saliva a los zapatos hasta anegarlos.)

Voy de paseo con papá.

LA SEÑORA DE LEPIC

Te prohibo que vayas; ¿lo oyes? Si no...
(Su mano derecha se hace atrás, como para tomar impulso.)

ZANAHORIA

ZANAHORIA

(Por lo bajo.)

¡Comprendido!

ESCENA II

ZANAHORIA

(Meditando junto al reloj.)

Yo, ¿qué es lo que quiero? Evitar corcorrones. Papá me da menos que mamá: he sacado la cuenta. Él se lo pierde.

ESCENA III

EL SEÑOR LEPIC

(Quiere a Zanahoria; pero nunca se ocupa de él, porque anda siempre de bureo, por cuestión de negocios.)

¡Eal! ¡Vamos!

ZANAHORIA

No, papá.

EL SEÑOR LEPIC

¿Cómo que no? ¿No quieres venir?

ZANAHORIA

Sí; pero no puedo.

EL SEÑOR LEPIC

Explicáte. ¿Qué ocurre?

ZANAHORIA

Nada; pero me quedo.

EL SEÑOR LEPIC

¡Ah, vamos! Una de tus ventoleras. ¡Qué bicho tan raro eres! No sabe uno por qué oreja te ha de coger. Ahora quieres, ahora no quieres. Pues quédate, amiguito, y lloriquea a tus anchas.

ESCENA IV

LA SEÑORA DE LEPIC

(Toma siempre la precaución de escuchar detrás de la puerta para oír mejor.)

¡Pobrecillo! *(Mimosa, le pasa la mano por el pelo y le da un tirón.)* Aquí le tienen ustedes hecho un mar de lágrimas, porque su padre *(Mira de reojo al señor Lepic.)* quiere llevársele contra su voluntad. No te atormentaría con tal crueldad tu madre. *(Los Lepic, padre y madre, se vuelven la espalda.)*

ESCENA V

ZANAHORIA

(En el fondo de una despensa. Con dos dedos metidos en la boca y uno solo en la nariz.)

¡No todos pueden ser huérfanos!

DE CAZA

EL señor Lepic lleva de caza a sus hijos alternativamente. Van detrás de él, un poco a la derecha por la dirección de la escopeta, y cargan con el morral. El señor Lepic es un andarín infatigable. Zanahoria pone en seguirle una apasionada testarudez, sin quejarse. Los zapatos le lastiman; nada dice, y los dedos se le engarrotan; hínchasele los gordos por la punta, de modo que llegan a parecer martillitos.

Si el señor Lepic mata una liebre a poco de ponerse a cazar, le dice:

ZANAHORIA

—¿Quieres que la dejemos en el primer caserío, o la escondemos en un seto para recogerla a la tarde?

—No, papá—contesta Zanahoria;—prefero llevarla yo.

Y ocurre que durante todo un día tiene que llevar dos liebres y cinco perdices. Mete la mano o el pañuelo por debajo de la correa del morral para que descansa el hombro dolorido. Si se cruza con alguien, le vuelve con afectación la espalda y se olvida de la carga por un momento.

Pero se cansa; sobre todo, cuando no ha caído pieza ninguna y deja de sostenerle la vanidad.

—Espérame aquí—dice a menudo el señor Lepic.—Voy a dar una batida por esas tierras de labor.

Zanahoria, irritado, se queda quieto, de pie, al sol. Mira a su padre patalear por el

campo, surco a surco, terrón por terrón, hollándolo, igualándolo como con un rastro; golpear con la escopeta setos, zarzas y cardos, mientras que el propio *Piramo*, sin fuerzas para más, busca la sombra y se tiende un poco, jadeante, con toda la lengua fuera.

—¡Pero si no hay nada!—piensa Zanahoria.—¡Sí; da golpes, rompe ortigas, forrajea! ¡Si yo fuera liebre, agazapada en la oquedad de una zanja, entre las hojas, sí que me libraría bien de moverme con este calor!

Y a la sordina maldice al señor Lepic, dirigiéndole pequeñas injurias.

Y el señor Lepic salta otra cerca para registrar una mielga que hay al lado; esta vez mucho le sorprendería no encontrar allí algún vástago de liebre.

—Me dice que le espere—murmura Za-

nahoria,—y ahora tengo que ir corriendo a su lado. Día que mal empieza, mal acaba. ¡Trota y suda, papá; revienta al perro, dóblame! ¡Como si nos estuviésemos sentados! Esta noche volvemos a casa con las manos vacías.

Porque Zanahoria es ingenuamente supersticioso.

En cuanto se lleva la mano a la gorra, ya está *Piramo* en acecho, el pelo erizado, tiesa la cola. De puntillas, el señor Lepic se acerca todo lo que puede, apoyada la culata en el hombro. Zanahoria se queda inmóvil, y un primer arrebató de emoción le sofoca. *Se quita la gorra.*

Vuelan unas perdices, o salta una liebre. Y según *vuelva Zanahoria a calarse la gorra o simule un saludo*, el señor Lepic yerra el tiro o acierta.

Zanahoria lo confiesa: el sistema no es

infalible. Cuando un ademán se repite demasiado, llega a no hacer efecto, como si la fortuna se fatigara de atender a los mismos signos. Zanahoria los espacia discretamente, y con esta condición, casi siempre da en el clavo.

—¿Has visto qué tiro?—pregunta el señor Lepic, levantando en peso una liebre, caliente todavía, y apretándola el rubio vientre para obligarla a hacer sus necesidades supremas.—¿De qué te ríes?

—De que la has matado gracias a mí—dice Zanahoria.

Y, orgulloso del nuevo éxito, expone su método con aplomo.

—¿Hablas en serio?—dice el señor Lepic.

ZANAHORIA

¡Señor! ¡No es que tenga la pretensión de no equivocarme nunca!

EL SEÑOR LEPIC

¡Ya te estás callando en seguida, tonto! No te aconsejaría yo que si tienes cariño a tu reputación de muchacho listo, soltaras esas pajarotadas delante de extraños. Se te echarían a reír en las narices. A no ser que, por casualidad, quieras hacer burla de tu padre.

ZANAHORIA

Te juro que no, papá. Pero tienes razón: no soy más que un pardillo.